

INOCENCIA y TRAGEDIA

Practicar la inocencia entre mayores de edad,
es debilidad intelectual y tragedia humana.
La historia certifica.

Deuteronomio 20:8. “Quien sea medroso y pusilánime {es decir, aquel que no quiere matar personas y las cuales a fin de cuentas son sus hermanos (si es cierto que provienen del mismo padre, Yhavéh)}, quede en su casa y deje otro vaya a la guerra a matar adversarios”.

Eso sí (continuó Moisés) si ha construido una casa y aún no la estrenó, vuelva y hábitela antes que otro la disfrute. Si ha plantado una viña y todavía no ha comido sus frutos, vuelva y cómalos antes que otros los disfruten. Y si recién se ha casado y aún no durmió con su esposa, vuelva y disfrútela antes que....”.

Textual de alguien que inventó un dios perverso y asesino de sus hijos, y al que llamó Yhavéh y al cual, yo -cándidamente- creí y adoré por años.

Ay Moisés!, cuánta tragedia tras tus fábulas siniestras, fraudes y mentiras!

Me digo y repito: ¿cómo puede ser tan ingenuo en creer semejantes barbaries y darlas por cierto?

Crear que un dios perfecto y amoroso dedica su existencia a matar hijos!

¿Es que yo no tenía una neurona hábil, siquiera?

Y lo peor, miraba con suficiencia a quienes opinaban lo contrario. Evidentemente el lavado de cerebro al cual yo había sido sometido había sido eficaz, tanto que yo respondía el siguiente disparate:

—Él (el cruel y feroz asesino), luego me lo explicará!

Es más, yo era parte del plan siniestro tan bien urdido por la dirigencia, puesto que agregaba:

—No les escuchéis!, debilitan la fe de los hermanos!

Increíble, pero cierto. Así he sido yo. Hoy me avergüenzo de ello. Creer que un dios sabio, perfecto y amoroso puede llamar débiles y pusilánimes

a quienes no matan hermanos (es decir, a los otros hijos del dios amoroso).

Cómo no me di cuenta antes que todo era una farsa y mentira de asesinos como Moisés!, el cual mataba inocentes animalitos desde el amanecer hasta el anochecer, mientras que con la sangre todavía caliente de sus víctimas pintaba lo que encontraba a su paso, al grito de:

—Nadie morirá por los pecados de otro!

(de haber estado allí alguien más o menos lúcido, así hubiese seguido -posiblemente- dicha conversación)

—Pero Moisés, ... ¿por qué matas inocentes, entonces?

—Para lavar culpas ajenas.

—¿No dices que nadie inocente morirá por otro?

—Cállate estúpido, ¿quieres que la gilada caiga en cuenta?

O las aseveraciones de Samuel:

—Palabra de Yhavéh: Matad!, y matad sin piedad alguna a mujeres, ancianos, e inclusive a niños de pecho! **1ª Samuel 15:1-5**

Lo que acontece es que me pasaba lo mismo que a la mayoría que practica religión; estaba muy cómodo (social, laboral y económicamente) en la fábula aberrante y no me interesaba en absoluta hallar la verdad cierta de los hechos. He ahí todo.

Yo continuamente hablaba (y exigía) de moral y ética, ... a la par que dichas virtudes las trocaba por un supuesto pedazo de oro y una supuesta chacrita celestial a cambio de admirar asesinos y adorar a un dios parricida que dedica su existencia a matar hijos -increíblemente- muy amados.

Por qué éste artículo difícilmente sea replicado por medios comunicacionales que se caratulan de éticos, pluralistas e independientes?, por la simple condición que sus editores son también creyentes de tal dios inventado por el psicópata Moisés y, por ende, no publicarán algo ajeno a sus convicciones y las cuales los dejan con imagen de poseer neuronas de consistencia dudosa.

Raúl Silverio López Ortego,
desde el bosque de Limaclara, Buenos Aires, Argentina.